

Mientras en Madagascar la reina, según el ejemplo de los emperadores romanos y de los grandes personajes de la antigüedad, arregla su conducta por las respuestas de los oráculos; en el celeste imperio el simple chino los consulta sobre sus asuntos domésticos, como en otro tiempo el pueblo de Roma y de Atenas. Pues el chino, á quien la filosofía volteriana presentaba como el tipo de la civilización, es discípulo ferviente de los oráculos.

“Nosotros, escribe un misionero, reclusamos una gran parte de nuestros neófitos de entre cierta clase de mujeres, de quienes parece que Dios tiene una compasión especial, porque han incurrido en el anatema, que los Chinos llaman “la suerte de la desgracia.” Hé aquí la historia. En la época de los desposorios acostumbra los infieles llamar un adivino para que haga el horóscopo y vaticine el futuro destino de la jóven. El “medium” se presta á la invitación de los padres. Llegado á la casa, hace sus evocaciones y demás prácticas demoniacas. En seguida presenta á la muchacha una urna, donde se contienen las suertes, parte favorables, parte funestas, con la diferencia de las primeras son incomparablemente más numerosas que las segundas.

“La pobre jóven mete en la urna fatal su mano temblorosa, ignorando si será un risueño porvenir ó una herencia de desdichas lo que va á sacar de allí. ¿Sale favorecida? Todos la felicitan, y los desposorios se concluyen sin tardanza. Pero si la suerte le es contraria, queda pronunciada su sentencia, marchita su juventud y maldecida toda su vida. Sin más remedio, tiene que inclinar la cabeza bajo el peso del desprecio universal. Para ella ya no hay casamiento y hasta le falta la compasión de su madre. Crecerá solitaria y aborrecida en el hogar paterno, del cual será siempre reputada como un oprobio; pues los paganos tienen tanta

fé en estos agüeros, que el más pobre de ellos no consentiría nunca en casarse con la más rica, que hubiese tenido “la mala suerte,” convencido de que esta alianza traería sobre él calamidades inevitables (1).

Este hecho, del cual no sería de buen gusto el reirse, puesto que tiene tan graves consecuencias, es el remedo satánico de la profecía por medio de las suertes, que vemos empleada en la Escritura (2). El rey de la Ciudad del mal quiere hacer ver á sus súbditos, que para revelarles lo futuro dispone de voces, de sueños, de las suertes y de todos los medios empleados por el rey de la Ciudad del bien. En esto, como en todo, sus respuestas son una mezcolanza de falso y verdadero, mediante la cual, sin dejar de ser padre de la mentira, consigue seducir á los hombres.

Esta táctica es invariable. Así lo vemos nosotros hoy en el Espiritismo; así la conocieron nuestros padres. “Los demonios, dice Minucio Félix, dan oráculos en que mezclan muchas mentiras. Porque son engañados y engañadores. No conocen la verdad pura; y la que conocen para su perdición, no la manifiestan como es en sí (3).

San Agustín se expresa del mismo modo: “Los demonios las más veces se engañan y engañan á los demás. Se engañan; porque en el momento en que ellos anuncian sus previsiones, sucede inopinadamente en lo alto alguna cosa que echa por tierra sus designios. Y engañan por el deseo que tienen de engañar y el gusto que les da el arrastrar al hombre al horror. Sin embargo, á fin de no perder el crédito cerca de sus adoradores, se manejan de modo que la

1. *Annales de la Prop. de la Foi*, n. 95, p. 309.

2. *Sortes mittuntur in sinum, sed á Domino temperantur. Prov.*, xvi, 33.

3. *In Octav.*

falta se achaque á los intérpretes, mientras ellos son los engañadores ó engañados (1).

A no negar la historia sagrada y la profana, los hechos que preceden reducen á nada la objecion de los epicúreos antiguos y modernos contra la existencia universal de los oráculos, contra la fé igualmente universal de los oráculos y contra la influencia soberana de los mismos en el gobierno religioso y social del mundo pagano. Así, quedan perentoriamente probadas las verdades fundamentales que queremos establecer. La primera, la presencia permanente y perpétuamente activa de Satanás en medio de su Ciudad; la segunda, el paralelismo constante de las dos Ciudades en los órdenes religioso y social. Para ponerlos más de relieve, resumamos en dos palabras estos puntos esenciales (2), en la historia del Espíritu del bien y en la del Espíritu del mal.

Como el hombre individual, el género humano es un animal enseñado. Todo lo que sabe le viene de fuera. Pues bien, él sabe el bien y el mal, y lo sabe desde la fecha de su caída. Desde hace seis mil años, dos voces contrarias, y solas dos, han resonado en sus oídos; voces sobrenaturales que ha seguido siempre, que sigue todavía y siempre seguirá, aun cuando en el orgullo de su debilidad se proclame fieramente independiente. LUEGO EL MUNDO SE HA DIRIGIDO SIEMPRE POR LOS ORÁCULOS.

Voz de la verdad y voz de la mentira, oráculos divinos ú

1. *De divinat. dem.*, c. 5.

2. Decimos *esenciales*, porque son la luz de la historia, porque nuestra época, más que ninguna otra, se resiste á lo sobrenatural; porque de algunos siglos acá la educación *aun de los católicos* es volteriana. La mayor parte ignora los hechos demoníacos ó los trata como cuentos de viejas. Para ellos Satanás es un soberano destronado, á quien sería una puerilidad temer, y del cual lo mejor es no acuparse para nada.

oráculos satánicos, el que os niega no se comprende á sí mismo. Borrar las páginas de la historia y escribir sobre ellas un certificado de locura universal, ó reconocer que el humano linaje, en todas las horas de su existencia, en todos los climas, en todos los grados de civilización, se ha dirigido por los oráculos, y que los principales inspiradores de los oráculos son inevitablemente el Espíritu del bien ó el Espíritu del mal, el Espíritu Santo ó Satanás; esta alternativa ineludible es uno de los axiomas de la geometría moral.

En cuanto al paralelismo de las dos Ciudades, están fuera de toda réplica los siguientes puntos de semejanza, que marcan las líneas principales.

La Ciudad del bien tiene su religión, en la cual nada se ha dejado al arbitrio del hombre. Tiene sus leyes sociales, venidas del cielo, y cuyo intérprete y custodio es Dios mismo, permaneciendo sensiblemente en medio de su pueblo. Unas veces habla por sus ángeles, otras por sus profetas y otras por las suertes y entre sueños. Siempre autoriza su palabra con milagros, y castiga ejemplarmente á los que osan despreciarlos. De donde resulta que en el orden social no menos que en el religioso, el Espíritu Santo es verdaderamente el Dios y el príncipe de la Ciudad del bien.

La Ciudad del mal tiene su religión, donde todo está regulado por una autoridad superior al hombre. Tiene sus leyes sociales, cuyo inspirador, intérprete y custodio es el demonio mismo, haciéndose sensible bajo la figura favorita de serpiente. Sus ángeles y sus adivinos, los sueños y las suertes, son alternativamente los órganos de su voluntad. Siempre autoriza su palabra con prestigios y la hace respetar por medio de castigos. De donde resulta, que en el orden social, no menos que en el religioso, Satanás es verdaderamente

ramente, según la palabra del Evangelio, el príncipe y el rey de la Ciudad del mal.

La Ciudad del bien tiene un Sumo Sacerdote, encargado de dirigir á los ministros sagrados, de regular las ceremonias del culto, de pronunciar sentencia definitiva sobre una multitud de cuestiones religiosas y civiles. Ese Sumo Sacerdote se llama sucesivamente Aaron, Samuel, Osías.

La Ciudad del mal tiene también su gran sacerdote, investido del poder de iniciar á los sacerdotes inferiores, de presidir sus asambleas, de recibir las vestales y juzgarlas, de revalidar las adopciones y conocer de ciertas causas matrimoniales. En Roma, capital del vasto imperio de Satanás, este supremo pontificado de la Ciudad del mal fué ejercido sucesivamente por el gran sacerdote Julio César, por el gran sacerdote Tiberio, por el gran sacerdote Calígula, por el gran sacerdote Neron, por el gran sacerdote Eliogábalo: y esta alta dignidad era vitalicia.

La Ciudad del bien tiene su Encarnación divina, sus sacrificios, sus ayunos, sus penitencias, sus oraciones diurnas y nocturnas.

La Ciudad del mal tiene todo esto en todos los puntos del globo. Conocidas son en particular las encarnaciones antiguas y las encarnaciones indias, las austeridades de los bonzos y de los fakirs ó monjes mahometanos, las oraciones de los lamas. "Cuando el descubrimiento de México causaban asombro los suplicios dolorosos, que se imponían los sacerdotes del sol. De cuatro en cuatro años se designaba á cuatro de ellos, para que durante este período de tiempo hicieran penitencias con tan rigurosas austeridades que estremecían. Se vestían como los más pobres. Su alimento se reducía á una galleta de maíz, del peso de dos onzas, y su bebida á una copita de cocimiento de la misma semilla. Ca-

da noche velaban dos de ellos, cantando las alabanzas de los dioses, insensando á los ídolos cuatro veces en diferentes horas de la noche, y rociando con su sangre los braseros del templo (1)." Además de esta expiación perpétua, había una penitencia particular, llamada "la gran vigilia," á que todo el mundo se sometía, y duraba un mes.

Tenemos á mucha honra el decirlo, esta doctrina con la cual se da cuenta de todo, y sin la que no se da cuenta de nada, no es nuestra. Al exponerla no hacemos más que resumir la historia del linaje humano, y traducir las palabras de uno de los más sábios Padres del Concilio de Trento. En el seno de aquella augusta asamblea el reverendo P. Maestro Cristóbal Santirso se expresaba así: "Satanás vió que Dios había dado su ley, y él dió la suya. Vió que Dios hablaba á los hombres por los ángeles y los profetas, y él habló por la boca de los ídolos. Dios tuvo su templo, á donde acudía el pueblo fiel. Satanás se los hizo edificar magníficos en diferentes partes del mundo, y millares de hombres vinieron á rendirle en ellos sus homenajes. Dios tuvo sus profetas, á quienes el pueblo respetaba; Satanás tuvo sus oráculos y sus adivinos, objeto de la veneración universal. A estos medianeros entre él y los hombres confió el cuidado de propagar su religión (2)."

1. Acosta, *Hist. nat.*, etc., t. 1^o, c. xxx.

2. Vidit (*Satanás*) Deum leges imposuisse, et ipse tulit; sacrificiis coli et placari solere, ipse sibi cultores invenit, qui teterrimas etiam caeremonias edere non dubitarunt. Agnovit item Satanás Deum per Angelos et Prophetas gentes sæpe allocutum: ipse similiter per idola responsa dedit. In multis orbis partibus celeberrima deorum templa erexit, quo fere omnes certatim ut ad præstantissimum numen confugiebant. Colebantur et in magna veneratione habebantur vates et divinatores; quibus hæc arcana communicari credebant. Erat apud gentes celebre quoddam hominum genus ob hanc ipsam cum dis immortalibus consuetudinem, hujusmodi Prophetas; illis demandavit, qui suam Eccle-

Cuando juntando todos estos rasgos, el entendimiento forma un solo cuadro, ¿se puede preguntar si falta algo esencial á la parodia satánica de Jehová, Dios legislador, oráculo y guardian de la religion y de la sociedad en Israel?

Réstanos probar, que la misma parodia se encuentra en el orden político.

siam propagarent. Orat. R. P. M. Christof. Sanctolit, Bugrad Patr, Couc. Trid. apud Labbe., Collect. t. XIV, 1061

CAPITULO XXVIII.

HISTORIA POLÍTICA DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—Dos religiones, dos sociedades, por consiguiente dos políticas.— Objeto de la una y de la otra.—Necesidad de conocerlo para comprender la historia.—En virtud de un consejo divino, Jerusalem es la capital de la Ciudad del bien.—En virtud de un conciliábulo satánico, Babilonia y Roma son sucesivamente la capital de la ciudad del mal.—Doctrina luminosa del célebre cardenal Polo en el Concilio de Trento.—Por qué los reinos del mundo fueron mostrados á Daniel bajo las figuras de Béstias.—En particular, Roma fundada por la Béstia eleva los caracteres de la Béstia y hace las obras de la Béstia, testimonios de la historia y de Minucio Félix.—Durante toda la antigüedad, Satanás tuvo por único objeto de su política llevar á Roma, hacer de ella su capital y una fortaleza inexpugnable para el Cristianismo.—Cuadro de su política y de la divina: pasaje de San Agustín.—En qué sentido pudo Satanás decir, que todos los reinos le pertenecian.—Doctrina de San Agustín.—Observaciones.

El paralelismo religioso y social, cuyos principales rasgos acabamos de bosquejar, se manifiesta en el orden político: no podia ser de otro modo. La política es la ciencia del gobierno. Gobernar es conducir los pueblos á un fin determinado. Este fin no puede ser conocido sino por la religion; atento que solo la religion puede decirle al hombre para qué está sobre la tierra. Dos religiones opuestas se dividen el mundo, la religion del Verbo encarnado, y la religion de Satanás, su implacable enemigo. Hay, pues, por necesidad dos políticas, contrarias entre sí en su punto de partida y en su objeto; y no hay más que dos. Jesucristo, Rey; ó Satanás, rey. Jesucristo Rey de los reyes y de los